

Parashat
Vayakhel

• 22 •

כ"ב אדר תשפ"ה

י"ז ע"י

קהילת שבתי בבית ד'

בנשיאות מורנו ורבנו הרה"צ

רבי גמליאל הכהן

רבינוביץ שליט"א

טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיות

Tiv Hamaasiot

Unidad y armonía en el hogar

טיב המערכת

Tiv Hamaaréjet

Cada uno según su labor

Si todos los habitantes del mundo fueran obreros, si todos fueran contratistas, si todos fueran ingenieros, si todos fueran *avrejim* (estudiosos en un colel), *rashé yeshivá* (directores de yeshivá) o *dayanim* (jueces), ¿cómo creen que se vería el mundo? ¿Demasiado perfecto o demasiado incompleto?

Sin duda, estaría muy incompleto, por una razón sencilla: el mundo necesita a todo tipo de personas, y cada uno, incluso el más grande de todos, necesita los servicios de otros. El ingeniero no debe lamentarse por no ser contratista, ni el contratista por no ser ingeniero, etc. Cada persona debe alegrarse con su parte y creer que su rol es importante, que es una pieza esencial en el sistema.

En la construcción del *Mishcán* hubo distintos tipos de contribuciones, como se explica detalladamente en nuestra *parashá*. Hubo quienes donaron distintos tipos de telas, quienes aportaron metales como oro, plata y cobre, quienes ofrecieron madera de acacia, y las mujeres sabias de corazón que tejieron con sus manos...

Después, está escrito: "Y vinieron todos los sabios que hacían toda la labor sagrada... cada uno según su labor que realizaban" (*Shemot* 36:4). De aquí aprendieron nuestros Sabios: "Cada uno hacía su labor y no la labor de su compañero".

A veces nos invade un sentimiento de desánimo provocado por la envidia hacia un amigo o un familiar: "¿Cómo es que él alcanzó niveles tan altos y elevados, mientras que yo estoy 'atascado' en mi lugar, lejos de él y sin haber logrado lo que él logró?".

A primera vista, esta envidia podría parecer *kinat sofrim* (celos positivos que promueven la superación personal), algo que los Sabios elogiaron. Pero en realidad, no es *kinat sofrim*, sino una trampa del *Yétzer Hará*, que busca hacer caer al hombre.

Como dijo Rabí Zusha de Anipoli, de bendita memoria: "Hashem no me reclamará por no haber alcanzado el nivel de Moshé Rabenu, sino por no haber llegado a ser Rabí Zusha de Anipoli".

Esto es lo que insinuaron nuestros Sabios en la enseñanza: "Cada uno hace su labor y no la labor de su compañero".

Hashem no espera de mí más de lo que soy capaz de hacer; *Él no quiere que alcance los niveles de otro, sino los míos propios*. Cualquier pensamiento contrario a esto es solo un consejo del *Yétzer Hará*, y debe ser rechazado sin pensarlo dos veces.

"Y Moshé congregó a toda la comunidad de los Hijos de Israel y les dijo: «Estas son las cosas que Hashem ha ordenado hacer: seis días se hará labor, pero el séptimo día será para ustedes sagrado, un Shabat de descanso para Hashem.»" (*Shemot* 35:1-2)

Es bien conocida la pregunta: ¿qué significa "Estas son las cosas que Hashem ha ordenado hacer: seis días se hará labor..."? ¿Acaso estamos obligados a trabajar los seis días de la semana? La esencia del mandamiento es el descanso sabático, y lo lógico habría sido mencionar de inmediato que Shabat es el día sagrado en el que se debe descansar.

Sin embargo, el Maharshal de Leczna (en la provincia de Lublin, Polonia), de bendita memoria (*Likuté Maharshal*), explica que la frase "Estas son las cosas que Hashem ha ordenado" se refiere a lo mencionado previamente en el versículo: "Y Moshé congregó a toda la comunidad de los Hijos de Israel", es decir, reunió y unió a toda la nación en un solo corazón. A esto se refiere la continuación: "Estas son las cosas que Hashem ha ordenado hacer", pues el acto de unir y congregar a Israel en armonía es en sí mismo un precepto Divino. Y esta labor de fomentar la paz y la unidad es algo que se debe practicar durante los seis días de la semana, para que a partir de ella se pueda llegar al séptimo día, que será "un Shabat sagrado para Hashem".

La preparación más esencial para recibir la santidad del Shabat es la *unidad y la armonía en los hogares judíos*. Como alude el Talmud (*Shabat* 34a) en relación con las tres cosas que una persona debe preguntar en su hogar antes de la llegada del Shabat: "Deben ser dichas con suavidad, para que sean aceptadas".

Es sabido que hay una *kelipá* (fuerza impura) particular que incita a la ira y la impaciencia justo antes del Shabat, trayendo "oscuridad" a los hogares y corazones de Israel. Se debe luchar con gran esfuerzo contra esta *kelipá* y esforzarse en establecer la paz en casa.

Aprendemos esto de la vida del sabio Hilel Hazakén, quien con su humildad logró evitar el enojo, como se relata en la famosa historia sobre él en el Talmud (*Shabat* 31a), donde incluso en la víspera de Shabat, cuando intentaron hacerlo enojar, permaneció sereno.

Esto también está insinuado explícitamente en la *tefilá* de *Kegavna* del *Zóhar Hakadosh* (*Terumá* 135a), que recitamos al recibir el Shabat, donde se menciona que *la paz y la unidad son el secreto esencial del Shabat*: Y como complemento de la armonía y la paz, el versículo continúa con una advertencia fuerte y clara (*Shemot* 35:3): "No encenderán fuego en todas sus moradas en el día de Shabat".

En el sentido más profundo, según lo explicado en el *Tikuné Hazóhar* (*Tikún* 85a) y en el *Shelá Hakadosh* (*Shabat Ner Mitzvá* 32), esto alude a la prohibición de encender, en los corazones y almas, el fuego de la ira en el día de Shabat.

Por el contrario, se nos ordena *unir a nuestra familia con paz y armonía, traer la cualidad de la paz al hogar, como un solo hombre con un solo corazón*.

LA ESENCIA DE LA PLEGARIA

Una colección de discursos, ensayos e ideas



Por el Gran Hombre, Maestro y Místico
Harav Gamliel Rabinovitch, shlita

La solución sin siquiera expresar el problema

Esta historia, tan singular en su naturaleza, me la contó el nieto del renombrado erudito, el Rav Moshé Kliers, *zal*, quien fuera rabino de Tiberíades, Israel:

Cada año, en el *yahrtzeit* (aniversario del fallecimiento) del Rav Moshé Kliers, llegaba un anciano desde Jerusalem para visitar su tumba. Un año, el nieto del rabino se acercó a este anciano y le preguntó por qué hacía semejante esfuerzo cada año, ya que no era ni un miembro de la familia ni un residente de Tiberíades. El anciano acogió la pregunta con agrado y comenzó su relato:

Hace años, cuando aún era un *avrej*, mi *shalom bait* (armonía conyugal) se vio afectado. Una dura discusión surgió entre mi esposa y yo, y con el tiempo fue empeorando. Como suele ocurrir en los conflictos, la ira y la amargura se arraigaron cada vez más. La situación se agravó tanto que un día ya no pude soportar más el sufrimiento y la disputa, y decidí que necesitaba un respiro.

Me levanté, empaqué mi maleta y partí hacia la lejana Tiberíades. Buscaba un descanso para el alma y una renovación de fuerzas, pero, sobre todo, quería reflexionar sobre todo este asunto.

Al llegar a la ciudad de Tiberíades, alquilé un pequeño pero muy acogedor departamento por un par de semanas. Después de instalarme, salí a rezar *Minjá* y *Arvit* en la sinagoga principal de la ciudad. Al terminar la *tefilá*, el rabino de la ciudad, el Rabino Kliers, *zal*, me saludó con un cálido “¡Shalom Alejem!”, como era su costumbre, y entabló conmigo una agradable charla.

Cuando escuchó que era un visitante de Jerusalem, la Ciudad Santa, se alegró mucho. “¿Y dónde se hospeda usted aquí en Tiberíades?”, me preguntó. Le conté sobre el modesto y agradable departamento que había conseguido, pero sobre mis muchos problemas y la crisis en mi matrimonio, por supuesto, no le hablé. Tampoco el sabio rabino indagó demasiado sobre las razones que me llevaron a salir de Jerusalem y llegar hasta Tiberíades. Para él, el solo hecho de que un querido huésped de Jerusalem estuviera presente era motivo de gran alegría.

Después de una breve pausa, el rabino

se dirigió a mí y dijo: “En realidad, ¿por qué no viene a alojarse en mi casa? ¿Por qué no habríamos de tener el mérito, mi esposa y yo, de cumplir la gran mitzvá de la hospitalidad? En nuestra casa podrá disfrutar de un descanso agradable y tranquilo”.

La verdad es que, en un principio, rechacé la propuesta del rabino. Sin embargo, por alguna razón, el rabino no estaba dispuesto a renunciar tan fácilmente a esta gran mitzvá que se le presentaba y no desistió. No me quedó más opción, pues no era apropiado seguir rechazando la insistente invitación de un gran rabino de Israel.

Cuando llegué a la casa del rabino, él y su esposa me recibieron con calidez y alegría. La hospitalidad del rabino y su esposa me resultó muy placentera, y dormí un sueño tranquilo y reparador. Lo necesitaba profundamente, tras una larga época de sufrimiento, discusiones y desasosiego.

A la mañana siguiente, me desperté renovado y lleno de energía para sumergirme en la mikvé del mar de Tiberíades y asistir a la plegaria matutina. Antes de salir de la casa, vi al rabino ocupado en varias tareas domésticas: primero preparó un recipiente con agua para que su esposa pudiera lavarse las manos, luego retiró el agua usada y la desechó. Acto seguido, se dirigió a la

cocina y preparó una taza humeante y aromática de café.

El rabino colocó cuidadosamente el café en una bandeja elegante, junto con un platito de galletas, y entró con ese “obsequio” en la habitación de su esposa, ofreciéndoselo para que pudiera comenzar el día con una taza de café que calentara tanto el cuerpo como el corazón.

Al observar esta escena desde un rincón, deduje que la esposa del rabino probablemente no se sentía bien y que, por ello, él se esmeraba en atenderla con tanta dedicación. Por eso le informé al rabino que, después de la plegaria, recogería mis cosas y regresaría a la vivienda que había alquilado la noche anterior. “No quiero ser una carga para la esposa del Rav, que está enferma”, le expliqué.

“¡De ninguna manera! –me contestó el rabino–. Aquí no hay ninguna enfermedad, ¡Dios

no lo quiera! Lo que sucede es que he leído en los escritos del Arízal que, antes de la plegaria, una persona debe aceptar sobre sí la mitzvá de ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’ (*Vaikrá* 19:18). Por lo tanto, pensé para mí mismo, ¿por qué habría de buscar a un amigo por las calles o en la sinagoga para cumplir esta mitzvá, si aquí en casa tengo la oportunidad perfecta, accesible y cercana para llevarla a cabo?”. Por supuesto, después de recibir una lección de vida tan profunda y conmovedora, cambió mi percepción del matrimonio.

De inmediato acorté mi ‘vacación’, regresé a mi hogar y, desde entonces, cambió por completo mi relación con mi esposa. Empecé a honrarla, a preocuparme por su bienestar y, en lugar de enfocarme en sus defectos o responder con dureza a sus críticas, decidí resaltar sus virtudes y procurar que reinara en casa un ambiente de paz, alegría y amor. Y, así como el agua refleja el rostro, ella también correspondió de la misma manera, y así volvió la paz a nuestro hogar.

Por eso estoy profundamente agradecido con aquel gran rabino, y cada año visito su tumba, para reforzarme en sus enseñanzas y seguir sus pasos.

(Adaptado de una charla para los estudiantes de las yeshivot Mir y Brisk – 24 de Tamuz del año 5760).